

Leopardi y Finlayson



Leopardi y Finlayson

Armando Roa Vial

Armando Roa nos regala un lúcido ensayo sobre la influencia leopardiana en Clarence Finlayson, filósofo chileno de la primera mitad del siglo XX, enamorado de la poesía que él consideraba “experiencia cogitante del poetizar”. A pesar de las diferencias –al contrario de Leopardi, Finlayson era un creyente ferovoroso– ligaba a los dos hombres el sentimiento de que poesía y filosofía son “extremos que se tocan en el mismo contenido”. Finlayson intuía en Leopardi “una negación de naturaleza ontológica que, por una vía negativa, puede conducir a una nueva percepción del ser”, y sostenía que su pesimismo no era sino “nostalgia de la revelación del ser mismo”. Concluye Roa que Finlayson y Leopardi “buscaron lo mismo, aunque por caminos opuestos”; fueron ambos “peregrinos de lo absoluto”.

Leopardi and Finlayson

Armando Roa presents us a lucid essay about Leopardian influence on Clarence Finlayson, a Chilean philosopher from the first half of the XX century, in love with the poetry he regarded as “reflective experience of poetizing”. In spite of differences –Finlayson, opposed to Leopardi, was a fervent believer– both men felt that poetry and philosophy are “extremes which are dealt with in the same content”. Finlayson sensed in Leopardi “a denial of onthologic nature which, though a negative way, can lead to a new perception of being” and maintained that his pesimism wasn’t but “nostalgia of the revelation of being itself”. Roa concludes that Finalyson and Leopardi “sought the same, although in opposite ways”; they were both “pilgrims of the absolute”.

Leopardi y Finlayson

Armando Roa Vial¹
Universidad Finis Terrae

Clarance George Finlayson Eliot, nacido en 1913 y suicidado en 1954, es una de las figuras más prominentes de la filosofía chilena del siglo XX. Su nombre, trascendiendo con largueza nuestras fronteras, ocupa un lugar antológico en el pensamiento hispanoamericano de su tiempo. Formado bajo el alero de la filosofía aristotélico-tomista, discípulo de Osvaldo Lira y compañero de Rafael Gandolfo, fue una de las figuras estelares de la generación del '38, una de las más fecundas que ha producido nuestro país. No es exagerado hablar de la generación del '38 como de una verdadera saga, por el carácter mítico y hasta fundacional que sus integrantes, en sus respectivas disciplinas, han ido adquiriendo con el paso de las décadas: historiadores como Mario Góngora o Jaime Eyzaguirre; filósofos de la altura de Jorge Millas y el ya citado Rafael Gandolfo; psiquiatras como Armando Roa; escritores como Carlos Droguett, Guillermo Atías, Héctor Barreto o Miguel Serrano; poetas como Humberto Díaz, Eduardo Anguita, Teófilo Cid, Omar Cáceres, Jaime Rayo. No pueden soslayarse, tampoco, figuras heterodoxas como Juan Salas, insigne traductor de Esquilo, sacerdote iluminado, o Gustavo Fernández del Río, arquitecto de profesión y filósofo por vocación, muerto prematuramente.

La generación del '38 fue de singular importancia para nuestra vida intelectual: sus integrantes, por un lado fueron los primeros en abordar de manera sistemática el problema de cuál era el estatuto ontológico del ser chileno en el contexto de la cultura americana; por otro lado, y como prolegómeno para responder a lo anterior, realizaron una labor pionera en abordar la lectura de los grandes clásicos del pensamiento y la literatura europea en sus fuentes y no a través de traducciones espurias o de la

¹ Poeta, traductor y ensayista. Premio Nacional de la Crítica en Poesía, y Premio Pablo Neruda.

intermediación del comentarista. Fueron ellos quienes nos familiarizaron directamente con la lectura del mundo filosófico desde Platón a Heidegger, y también, quienes trazaron las señales de ruta para los nuevos creadores con la recepción de la literatura y el arte contemporáneo: la novelística de Joyce y Proust; la pintura de Picasso y Kandinsky; la música de Ravel, Schoenberg y Strawinsky; la poesía de Rilke, Valery y Pound. Eduardo Anguita la denominó “generación cogitativa” y, en un gesto religante entre poesía y pensamiento, acuñó el término “la belleza del pensar”.

Es en esta atmósfera donde Clarence Finlayson emergerá como un hito señero de nuestra filosofía. Digamos, a manera de breve síntesis biográfica, que Finlayson ejerció la docencia no sólo en la Universidad Católica de Chile, sino en diversas universidades norteamericanas –Notre Dame, Harvard, Boston–, así como también en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Central de Venezuela, la Pontificia Bolivariana y la de Antioquia, estas dos últimas en Colombia. De su obra filosófica destacan *Aristóteles y la Filosofía Moderna* (1936); *Analítica de la Contemplación* (1939) y *El Problema de Dios* (1949). Su amor por la poesía es temprano y lo pudo acuñar en algunos magníficos y visionarios ensayos en torno a la obra de Pablo Neruda, Gabriela Mistral (de quien fuera, por lo demás, activo participante en su campaña al Nobel), Angel Cruchaga Santa María, Jorge Guillén, José Asunción Silva, Federico García Lorca, Guillermo Valencia, y de autores aún por descubrir, como Porfirio Barba Jacob. La constelación poética de Finlayson –en armonía con sus pares del ‘38– fue amplia, aunque dentro de ese universo hubo para él un autor particularmente querible: el italiano Giacomo Leopardi. Mi padre, que fuera gran amigo de Finlayson, me contaba sobre las extensas tertulias que ambos sostuvieron con Huidobro, Anguita y Gandolfo acerca del itinerario espiritual del poeta italiano. Finlayson pudo plasmar sus puntos de vista en un ensayo titulado *Leopardi. El poeta del desengaño cósmico*², que permaneció inédito hasta su recopilación en la antología que en 1969 se hiciera sobre el pensamiento de Finlayson por la Editorial Andrés Bello.

Finlayson consideraba a la poesía como el arte por excelencia, definiéndolo como eminentemente conceptual. Aquí el filósofo realiza una inflexión novedosa ante quienes confinan la poesía casi exclusivamente al terreno de la imagen y la sensorialidad, mirándose con recelo, cuando no desechando, la así llamada poesía del intelecto.

La experiencia cogitante del poetizar fue uno de los sellos de los poetas y filósofos de la generación del '38, marcados por autores como Hölderlin o Rilke, quienes veían en la *poiesis* una apuesta donde el pensamiento, transformado en una sonda del corazón, se lanzaba como un sismógrafo hacia las regiones abisales del ser para recoger las ondulaciones más finas de la realidad. Finlayson, en su ensayo sobre Leopardi, nos habla de filosofía y poesía como de extremos que se tocan en el mismo contenido: la verdad y la belleza. Leopardi es, sin lugar a dudas, uno de los poetas más representativos de la confluencia entre reflexión y sensibilidad; el suyo es un despliegue contrapuntístico, en un claro guiño a sus mayores de la tradición grecolatina. A veces, incluso, cuesta distinguir al Leopardi que filosofa en su poesía del que poetiza en sus pensamientos; ambos corren desplegando giros que facilitan lecturas desde una u otra dirección.

Sabemos que Finlayson, formado, como hemos dicho, en la tradición aristotélico-tomista, fue un creyente fervoroso; ello nos abre la interrogante respecto al por qué de su admiración por Leopardi, un poeta que rebasa el desengaño y cuya percepción de la desdicha y la desolación adquiere dimensiones cósmicas. Por vocación, Finlayson debería haberse sentido más cercano a Dante, el poeta que cantaba la excelsitud del ser; sin embargo, la lectura de su ensayo trasluce una abierta simpatía por la figura más antitética a Dante que podemos encontrar en la poesía italiana: el cantor de la nada, de la infinita vanidad de todo, el hombre que llevó la sombría derrota de lo humano hasta límites casi sin precedentes en la literatura. Aunque, mirado con detención, el pesimismo radical de Leopardi tiene un extraño sesgo luminoso. Conjeturo que es ahí donde Finlayson intenta zambullirse para abrirnos a nuevas claves en la lectura. Cito a Finlayson:

“La nada en su negación refleja las glorias del ente. Leopardi canta un canto ontológico y, para un creyente, afirma sin pretenderlo el mundo real y profundo de nuestras creencias”.

Hay, entonces, el vislumbramiento de un orden nuevo en la negación leopordiana del mundo real. Leopardi opta por el espejismo, por el confinamiento en la ilusión, que aparece como más real que la realidad. Su poesía se desliza así no por la descripción sino por la sugerencia, suspendida en imágenes y sensaciones donde lo vago e indefinible –sean voces, colores, paisajes, situaciones y hasta personajes– adquieren un estatuto sustancial. El tránsito por esta vida es el tránsito por un territorio fantasmal donde la ilusión, paradójicamente, es lo único que está en condiciones de adquirir relieves y contornos. No se trata, como en Schopenhauer, de una simple ilusión engañosa; se trata más bien de una ilusión sustanciosa situada en el umbral de una revelación. Finlayson

intuye en Leopardi una negación de naturaleza ontológica que, por una vía negativa, puede conducir a una nueva percepción del ser. Así nos dice en su ensayo:

“¡Leopardi, poeta amigo! ¡Te acompaño en tu tristeza y en tu angustia! Con ellas me muestras más que nunca la realidad de las cosas que esperamos. Has llegado a contactar tan hondo en la humana esencia que nos permites acariciar con amor las sustancias inmortales, las sustancias que los pobres condenados de la caverna platónica sólo visionaban como sombras!”

Y más adelante puntualiza: “Leopardi da la vida a través de la muerte”. Y es que la paradoja, al decir de Finlayson, anuda los extremos produciendo una tensión que conduce al quiebre, pero este quiebre es al mismo tiempo una apertura hacia una idea o sentimiento trascendente. Se pierde para poseer. Es como si del barro germinaran las semillas más fértiles.

Finlayson advertía en su filosofía que en torno al ser y la nada no sólo se jugaba la metafísica, sino la vida de los hombres. En Leopardi avizoraba un anhelo angustioso de reposicionamiento ante el ser, por la vía de la fisura; es el dolor de un hombre honesto que cincela la palabra como el refugio nostálgico ante el horror de un mundo resquebrajado por el anonadamiento del esfuerzo humano ante la infinitud de un orden cósmico que lo desampara. Es un llanto –encarnado sobre todo en poemas como “Silvia”, “El Ocaso de la Luna” o “El Infinito”– por el ser que deja de ser, por la esencia precedera de lo mortal. El tomar el engaño como sustancia bien puede corresponder al deseo manifiesto, y de signo teológico, de que el ser de las cosas en su esencialidad, ante el precario envoltorio de las palabras, opta por el ocultamiento; mi padre me refirió en más de una ocasión esta hipótesis sostenida por Finlayson y Anguita en torno al pesimismo leopardiano, un pesimismo que no era sino nostalgia de la revelación del ser. De hecho, en su ensayo, el propio Finlayson habla de que “es el engaño con que las cosas se disfrazan para solicitarnos”, vale decir, es la apariencia el vestigio del ser que nos niega su presencia.

Así, en Leopardi, el ser se resistiría a la opacidad de este mundo, marcado por el devenir, siendo la poesía un lente de aproximación donde rezuma la nostalgia por la identidad perdida de aquello que es incapaz de ser enteramente lo que es. De allí los contornos borrosos y hasta huidizos de las imágenes leopardianas, un mundo neblinoso, elusivo, con paisajes evocados o sugeridos pero sin contornos sólidamente reales, bifurcándose en una suma de bosquejos mudables y movedizos, proyectados hacia un futuro que es visto como una lenta rebobinación

hacia la muerte. Digamos que la naturaleza, para el poeta de Recanati, nada tiene de benefactora; es apenas la encarnación de una voluntad ciega e indomesticable, que nos rinde a sus caprichos y que no se deja amordazar por el reduccionismo mecánico a un orden matemático, histórico o biológico. Por eso el poeta se transforma en un amotinado que, bajo la arquitectura de la ironía, se burla de quienes buscan finalidades éticas en el universo, proyectándole mendazmente atributos humanos. El horror cósmico no es amaestrable bajo fórmulas de valor teológico o metafísico. La avidez especulativa del racionalismo cede ante la trágica crudeza de lo real. Spinoza hermanaba la voluntad con la razón. Schopenhauer las divorcia. La razón sólo será un instrumento desesperado de la voluntad en la pugna de ésta por sobrevivir. El universo es un desfiladero abrupto, insensible al dolor humano.

A este respecto, Finlayson descubre en Leopardi al hombre que ha vivido de espaldas a su tiempo, un tiempo enlodado por el conformismo fofo de quienes levantan un muro artificial de creencias protectoras y previsoras que fabulan sentidos allí donde nada es mensurable, donde sólo se fragua la derrota del pensamiento. Leopardi sólo cree en la grandeza destructora de la vida, en su irrestañable fluir, impune a cualquier imposición de certidumbres, de conjuros o de aplacamientos. La naturaleza y el hombre son dos amantes que se atraen y se repelen, sin poder consumir el adulterio. A diferencia de Esquilo y Píndaro, hacia quienes profesó una devoción vitalicia, Leopardi no logró atisbar en esta vida una expiación de culpas; quizá sea ese el aspecto más siniestro de la trama: el mal, aquí, no tiene responsables. La voluntad de la naturaleza no sólo es implacable; también es indiferente a nuestros padecimientos. ¿De dónde surgen entonces las desgarraduras de la conciencia? ¿No supone un cierto grado de sedimento moral la percepción de las privaciones y necesidades? Aquí, tal vez, es donde Finlayson resalta el sesgo religioso de la sospecha leopardiana. Pues lo que doblega y tortura es, por cierto, la posibilidad trunca de satisfacer lo irremediable. ¿De dónde, entonces, surge la tentación de una posibilidad en medio de un remolino vertiginoso y asfixiante? ¿Por qué ese sentirse responsable de una realidad? Es como si se supiera de la perfección pero no se fuera capaz de abandonar la imperfección.

El libro de la naturaleza, lejos de estar escrito en términos matemáticos, se presenta como un barranco siniestro, despojado de medida, texto ilegible e inquietante redactado por alguien que nunca termina de divertirse con nosotros, que traza la vida como un sombrío anfiteatro donde los protagonistas son víctimas de sus propias circunstancias inevitables. Leopardi no requería de demasiados escrúpulos para testimoniar su falta de fe en el hombre, siempre

indispuesto a salir de la mascarada, solazándose en la mentira de un destino superior, incapaz de respirar desde la invalidez asumida, desde la herida confesa. ¿Se puede pasear un “alma hermosa dentro de un aborto cadavérico”? La naturaleza es despiadada con el ser humano, pero no por ello es indigna. Su valor estriba en que es ella la que determina la conciencia individual y los mecanismos de defensa que ésta elabora para resguardar la limitada arquitectura humana del mundo que lo rodea. Las bondades de la razón ilustrada quedan en entredicho; y es que el sedazo distanciador del concepto abstracto poco o nada nos dice de las verdaderas e inefables dimensiones de la vida. Leopardi a menudo se quejó de lo que él denominaba “la irrealidad literaria” en pro de una lectura situacional, isocrónica, donde individuo y ambiente pudieran desenvolverse con una libertad mayor que la permitida hasta ese entonces por las leyes mecánicas de la narración, ajenas al verdadero curso de los acontecimientos, marcados por estratos aislados superpuestos unos a otros sin un orden jerárquico fijo.³ Con Kierkegaard hace suya esa máxima de que “la abstracción carece de interés; la existencia es el mayor interés de lo existente”. De suerte que es equívoco perseguir verdades prescindiendo del individuo y su manera peculiar de habitar en la realidad. El modo de ser del hombre aislado plantea la dualidad entre “el yo pienso” del “yo respiro”: las rigurosas líneas del razonamiento, su verosimilitud y solidez se levantan como muros insalvables ante el valor inefable de lo singular. No es extraña la recepción que han tenido los postulados poéticos de Leopardi en Clarence Finlayson los poetas del ‘38, para quienes, al igual que para Robert Lowell, la palabra debe ser un acontecimiento y no el registro de un acontecimiento.

Presiento que Finlayson y Leopardi buscaron lo mismo aunque por caminos opuestos; por vocación, fueron peregrinos de lo absoluto, usando la expresión de Bloy. Y sus vidas estuvieron marcadas por la desgarradura. En los escritos de Finlayson hay poca huella de ésta, o si asoma, lo hace en sordina, de manera elusiva. Quizá el ensayo sobre Leopardi sea la excepción. Y es que más allá de la empatía intelectual advertimos en el tono y los giros una secreta complicidad con el destino trágico del poeta italiano. Quizá no haya sido un simple fruto del azar este dato sorprendente recogido de entre quienes estuvieron cerca de Finlayson: Leopardi, el jorobado de Recanati, fue una de sus lecturas más recurrentes allá por el año 1954, el año en que nuestro filósofo selló su destino con un inesperado suicidio.

³ Véase GIACOMO LEOPARDI. *Poesía y Prosa*. Traducción de Antonio Colinas. Ediciones Alfaguara, 1969.